



Los mbaases

Los consejos de Seguro
presentados por Adrián Alvarado

mdh

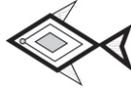
El mango del hacha

Los mbaases

Ya empezó septiembre y Seguro, como todos los años, adelanta sus vacaciones, por esa razón no escribe nada nuevo y delega en mi persona la recopilación de sus trabajos menos recientes para leerlos el sábado en la radio y para volver a publicarlos en la revista. En esta ocasión me dijo que juntara los textos referidos a los mbaases que son unos indios de acá que inventó nuestro artista a quien le gusta trabajar menos que a mí.



Uno



De las distintas tribus mocovíes los Mbaases se destacaron por el despliegue imaginativo y el ácido humor que volcaban en sus leyendas, por haber sido precursores de la palabra escrita gozando del privilegio de ser los primeros americanos en hacer un periódico y por la costumbre reprochable de decorar con excrecencias humanas las vasijas e instrumentos de caza.

Los Mbaases supieron ser nómadas como los Mocoretás y los Suajiris pero al final se cansaron por no tener un calzado adecuado para caminar y se instalaron cerca de lo que hoy conocemos como la Costanera Este que bordea la laguna Setúbal, en la ciudad de Santa Fe, Argentina.

Estos parajes supieron llamarse Piedras Blancas, tal el nombre que le pusieron originariamente los Mbaases porque cuando llegaron descubrieron que precisamente en aquellas playas abundaban las piedras blancas. La imaginación la usaban solo para las leyendas y el periódico.

Cuando los mbaases deciden instalarse definitivamente en estos pagos organizan para festejar el histórico acontecimiento un gran asado y un partido de pelota, competencia tradicional en la que dos equipos se disputaban una pelota de cuero de surubí a golpes de cabeza pero en el piso.

Las reglas eran simples, cada equipo debía meter el balón en un agujero que se hacía en la arena y por cada tanto se sumaba una mujer, el primer equipo que alcanzara el número de mujeres igual al número de integrantes ganaba la partida y se metían todos juntos en una tienda echa a los efectos para la gran cojienda colectiva que ofrendaban al dios que tenían ellos que era como Baco pero peor. Después se juntaban a comer iguanas y tigres asados y a beber aguardiente de sábal.

Luego de fumar los ancianos contaban leyendas que solían improvisar sobre la marcha como la leyenda de la Tacuarita, pájaro tradicional del litoral argentino.

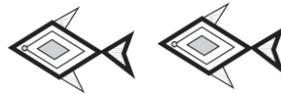
“Resulta que habiendo escasez de agua potable una india muy valiente salió en busca del líquido elemento y no va que en medio del monte se le aparece un demonio que pretende seducirla con espejitos de colores y celulares con touch screen, pero ella, determinada y decidida, lo manda a la mierda.

La india a la final encuentra un manantial de agua dulce pero advierte la muy torpe que no había traído nada para transportarla, el demonio se aviva y le ofrece un odre con capacidad para treinta litros a cambio de sexo oral, para la india lo más importante era su familia sedienta y su tribu, entonces, accede.

Ya de vuelta, con el odre a cuestas y la dignidad con agujeritos se le aparece la abuela muerta y la reprende, la india arrepentida llora y sus lagrimas se van transformando en plumas que la terminan cubriendo y así fue como se convirtió en el pájaro que hoy conocemos como tacuarita.

La familia de la india ésta y gran parte de la tribu murió de sed”.

Dos



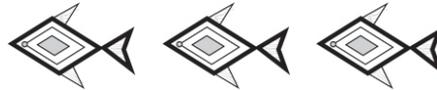
Los mbaases pretendían que sus hijos aprendieran a escuchar antes que hablar, por eso, desde que nacían, y aunque parezca contradictorio, los mantenían en un absoluto silencio de palabras. Hasta los dos años el pequeño mbaa solo escuchaba los sonidos cotidianos, el idioma de las bestias, el sonido del agua fluyendo y el canto de los pájaros.

Para mantener esa pureza sonora todos los integrantes adultos de la tribu debían colaborar evitando hablar delante de los gurises, esto al principio trajo algunas confusiones, como aquella vez que Ojo de búho le hizo una seña a Mojarra alunada, mujer de Flecha mocha, que consistía en unir el índice y el pulgar de la mano derecha formando un círculo, y con el índice de la mano izquierda penetrar aquel sugestivo redondel moviendo las cejas para arriba tres veces, el tema es que media tribu lo vio y se armó la rosca, luego de este episodio se extremaron las precauciones, y los gestos y las señas se hicieron más sutiles, después pasó que se acostumbraron tanto a no hablar que casi terminaron perdiendo tradición oral. Así fue que descubrieron las bondades del texto escrito.

Estos seres primitivos desarrollaron productos culturales complejos en épocas precolombinas de los que no ha quedado rastro alguno, los mbaases desplegaron una gran capacidad literaria y periodística al punto que hicieron un periódico en el que casi todos los integrantes de la tribu escribían algo, comúnmente cosas simples y humorísticas porque a los mbaases les gustaba mucho la joda, las contratapas de estos periódicos, que estaban escritos a mano en hojas de pulpa de madera, eran eminentemente graciosas e incluían chistes gráficos, por eso no era de extrañar ver a algún miembro de la tribu riendo a carcajadas mientras leía, los pibes, por ende, aprendían a reír antes que a hacer bolitas de moco, que como ya sabemos, era el material favorito de los mbaases para realizar artesanías, esta actividad era parte fundamental de la educación de los niños dado que con las artesanías mantenían en equilibrio su precaria economía.

Los productos realizados con mocos y otras excrecencias las cambiaban a otras tribus por alimentos o aguardiente de sábaló, hasta aquella vez que le vendieron una partida de mates a los Guaycurúes y cuando estos se dieron cuenta con qué estaban decorados se fueron al humo pero no pasó a mayores, las diferencias se zanjaron con un partido de pelota que ganaron los mbaases y festejaron tres días seguidos después de los cuales se olvidaron de todo lo que habían hecho antes y tuvieron que empezar todo de vuelta, tal era el poder del aguardiente de sábaló y de las hierbas para fumar. Todo eso fue profusamente detallado en el periódico por aquellos cronistas que no bebían demasiado.

Tres

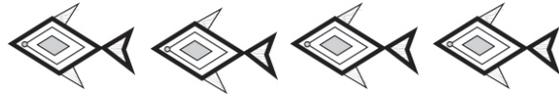


Los mbaases creían firmemente en esa incierta expresión de deseo que encierra la frase Dios proveerá. El origen y la creencia en dicha expresión es Guaraní. Como y cuando llegó este dicho a los mbaases es un misterio que ningún investigador con dos dedos de frente se tomaría el trabajo de develar.

El asunto es que ante la escasez y el hambre estos nativos se sentaban a esperar que dios provea y dios proveía porque la naturaleza de antes de las invasiones europeas era prodiga en productos comestibles de alto contenido proteico, como el apretador, que es un pescado de la familia de los bagres, el apretador es primo segundo del moncholo, cuñado del amarillo y biznieto de la vieja del agua. Este pez de aspecto macizo posee una cabeza grande y dura como su cuero, no tiene escamas y cuenta con unas fuertes aletas dorsales con las que aprieta fuertemente cualquier cosa que se acerque a ellas haciendo un ruido característico. La forma de pescar apretadores era simple, un integrante de la tribu bebía grandes cantidades de aguardiente de sábal y después lo ponían caminar despacio con el agua a la altura del cuello hasta que algún apretador se le prendiera con sus aletas, los otros mbaases advertían el éxito de la pesca por los gritos del indio apretado al que sacaban del río con dos o mas apretadores prendidos de las patas.

“Cuenta la leyenda que el apretador supo ser una mujer que acosaba a sus víctimas con fuertes abrazos en el momento del orgasmo, a la edad de cuarenta y dos años ya había enviudado dos veces por culpa de la costumbre de mierda que tenía de apretar a su contendiente, una vuelta no va que a la susodicha, mientras cruzaba la laguna Setúbal con un amante ocasional que desconocía sus mañas, se le ocurre echarse uno en la canoa, el otro, a quien también le gustaba entrarle a cualquier cosa, accedió, y pasó lo que tenía que pasar y terminó como tenía que terminar, ella abrazando con fuerza tenaz y él debatiéndose a los gritos pelados y así fue como cayeron al agua y la apretadora se transformó en pescado apretador y el apretado en otro pez y otra leyenda”.

Cuatro



Si vives en este mundo necesitas visa, para comprar y para entrar en otros países. Si vives en este mundo necesitas teléfonos, luz, agua corriente, gas, transporte herramientas y ropa. Si vives en este mundo necesitas trabajo, amor y psicólogos, televisión, cine, radio, diarios e Internet, reproductores de música, destapadores, abrelatas, paraguas y medias.

Casi nada de todo esto necesitaban los Mbaases para vivir. El alimento lo juntaban del piso o lo tomaban del río y del monte. Cuando no había ni frutos ni peces ni animales los Mbaases salían a manguear a otras tribus, (manguear en lengua mbaa significa pedir con onda).

Estos indios prácticamente no se vestían, si les daba frío se abrazaban alrededor del fuego, hacían el amor y se dormían, a veces los agarraba un tigre así dormidos y se los morfaban, en venganza los otros integrantes de la tribu cazaban al tigre y se lo comían, a la piel se la cambiaban a otras tribus por aguardiente de sábalo y cosas dulces. Entonces hacían una fiesta en honor de los morfados y morfaban a su vez y brindaban por los muertos y después inventaban leyendas como la leyenda del carpincho, otro bicho de los de acá.

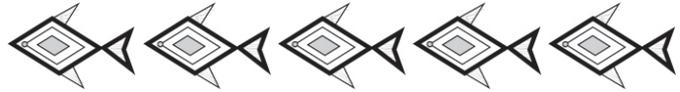
“El carpincho supo ser el cacique de una tribu cercana a la actual ciudad de Rosario que se destacó por la transparencia de su gestión pero que se enamoró de la mujer equivocada.

Resulta que el mencionado cacique de nombre impronunciable estaba felizmente comprometido con la hija del brujo pero no va que aparece la tercera en discordia, (ya sabemos, somos tres, el otro viene después). Esta mujer de cabellos intrincados y curvas pronunciadas sedujo hábilmente al cacique mientras se higienizaba en el río una tibia mañana de marzo.

Estaba ésta lavando sus partes sabiendo que el cacique la estaba mirando, se agachaba y se levantaba la muy ladina una y otra vez hasta que el cacique no aguantó más y se le fue al humo y la poseyó como se merecían los dos, entonces no va que justo sale a mear el brujo, que recordemos era el futuro suegro del cacique. Este esperó que se regocije y cuando hubo terminado el acto, que duró como cuarenta minutos le echó una maldición fulminante y lo convirtió en carpincho, animal que sería luego objeto de la mofa y el escarnio público cuando apareciera en la televisión del siglo XX un personaje llamado Tincho Carpincho que tenía pantaloncitos y movía las manos así, como pidiendo que le den una biaba.

El cacique convertido en carpincho después pudo vengarse del brujo pero esa es otra leyenda”.

Cinco



Extrañamente los mbaases no escribían las leyendas porque, según los antropólogos, creían que era más divertido reinventarlas cada vez que se las contaban. Hasta hubo una vez un indio con veleidades de artista que se le ocurrió la idea de dramatizar en vivo las historias con la cara pintada de blanco, este trataba de seguir la historia con ademanes y movimientos corporales, de todas formas esta actividad no tubo mucho éxito entre los integrantes de la tribu porque el mimo distraía la atención de los oyentes y los viejos que contaban las leyendas empezaron a contar cosas cada vez más difíciles de representar y los niños le perdieron el respeto, una vuelta el mimo se sacó y le dio un bife al nieto del cacique, inmediatamente después fue ajusticiado y desde entonces se prohibieron las dramatizaciones. Para festejar, los ancianos organizaron una velada especial de leyendas entre las que incluyeron la venganza del carpincho.

Para los que desconocen el bicho, el carpincho es el roedor más grande del mundo, llega a pesar 65 kilos y siempre estuvo presente en las parrillas y las leyendas de las tribus de esta parte del mundo.

“Resulta que el cacique convertido en carpincho aun siendo animal se dio maña para organizar a sus pares y una vuelta cuando el brujo se acercó al agua para lavarse la cara, con el fin de despejar una resaca que lo tenía a mal traer, cuatro fornidos carpinchos se lo llevaron como chicharra de un ala a la cueva donde moraban, ahí el cacique transformado se lo quedó mirando como una hora seguida mostrándole sus temibles dientes, el brujo que era bastante cobarde se cagó encima del julepe y como por arte de su propia magia se convirtió en el pato criollo, que como suele decirse en estas tierras hasta el día de hoy, deja una cagada por cada paso que dá, cagada, en estas latitudes es sinónimo de error, por eso a algunas personas torpes o lentas que no pegan una se los suele llamar pato criollo”.

Lamentablemente esta interesante civilización desapareció sin dejar huellas visibles, pero el grupo de antropólogos y arqueólogos de la universidad de Santo Tomé rescató de las profundidades del olvido y de la tierra los elementos que nos permitieron reconstruir sus costumbres e inventar sus leyendas, de nada.